todas partes se considerase á los médicos reputados como hombres entendidos en las más difíciles averiguaciones, y que si así era, como debía ser, el físico de Palos, García Hernández, le supusieran los franciscanos Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena, persona capaz de debatir con Cristóbal Colón, y de ilustrarles á ellos en asunto tan grave como el que el marino genovés intentaba plantear y resolver. El pleito del descubrimiento del nuevo camino de las Indias quedó fallado y ganado en primera instancia en el convento de La Rábida.

Todos conocéis el calvario que recorrió Colón para que este pleito se fallara tan favorablemente cerca de la Corte, como se había fallado en el apartado rincón de la ría de Huelva. Siete años mortales duró su peregrinación por España, siempre animado y ayudado por sus amigos de La Rábida. A Fr. Juan Pérez debió su conocimiento con la Reina Católica, y á la reducida comunidad entera la merced de que su hijo Diego quedara en el convento bien cuidado y atendido, mientras él mendigaba los favores de los que debieran ayudarle en su empresa. Pensando en el desvalido hijo de su alma, Colón no separó jamás su mente del retiro de la Rábida, hasta el día en que partió para su primer viaje. Era señor de aquella comarca D. Luis de la Cerda, Duque de Medina Sidonia, y á su casa de Sevilla se dirigió desde La Rábida para buscar hospitalidad, amparo y apoyo, como en efecto se los dió el noble prócer durante algunos meses, de 1485 hasta principios del 86. Pobre y miserable llegó á Córdoba, en pos de la Corte con cartas de recomendación de Fr. Juan Pérez para su compañero el confesor de la Reina, Fr. Hernando de Talavera, y otras del Duque de Medina Sidonia para Alonso de Quintanilla, Contador mayor de Castilla. Logró hacerse allí con algunos poderosos protectores y amigos, y al cabo fué enviado á que sometiera sus proyectos ante los doctores de la Universidad de Salamanca, en la cual ayudáronle y le defendieron los frailes dominicos, y entre ellos el sabio catedrático Fr. Diego Deza, futuro Arzobispo de Sevilla. Sacó el navegante de su campaña con los doctores muy buenas esperanzas, pero nada más; y volvió á seguir á la Corte, en su eterno y triste papel de pretendiente (1487), teniéndole las gentes por loco en todas partes. Sirvió á los Reyes en estos años

de 1487 y 88 durante las campañas contra los moros para la conquista de Málaga, en cuya época le invitó el rey D. Juan II de Portugal á que volviera á Lisboa para ayudarle en sus proyectos de descubrimiento. Poco después Enrique VII de Inglaterra le invitaba también (1489) á que pasara á su reino, para llevar adelante sus planes. Entiéndese que desde fines del año anterior hasta principios de éste, vivió Colón en Portugal, sin poder entenderse con el Monarca. Siguió después en el servicio de los Reyes Católicos y peleó como animoso soldado en el sitio y conquista de la ciudad de Baza, donde la peste mató á centenares á los sitiadores. No tuvo tiempo la Corte en tanto para oir á Colón, que así anduvo tras ella sin esperanza alguna en 1490 y 91. Sirvió entonces de nuevo á los Duques de Medinaceli y de Medina Sidonia, pasóse algún tiempo sin que se mejorasen sus esperanzas y viendo que los Reyes iban á emprender la guerra de Granada y que no podían pensar en él, se decidió á ir á Francia y entregar su proyecto á aquel Monarca, que continuaba invitándole á que se presentara en su Corte. Y para no ser más molesto á los frailes de La Rábida en el cuidado de su hijo Diego, acordó sacarlo del convento y llevárselo á Córdoba, mientras realizaba su expedición á París. Entonces, al llegar por segunda vez Colón á La Rábida, recibió en este sitio un nuevo refuerzo para su corazón, que fué decisivo en la gloriosa empresa del descubrimiento, y que es digno de figurar en la historia de aquel histórico santuario, con igual importancia con que figura el recuerdo de su primera visita, porque el padre Fr. Juan Pérez, profundamente contristado al ver que Colón iba á ofrecer sus servicios al Rey de Francia, y abrigando la convicción de que el navegante tenía razón en sus pretensiones, le aconsejó que desistiera del viaje y le prometió su decidido apoyo. Como fueron importantísimas las conferencias de 1485 en el convento, lo fueron tanto ó más las que celebraron en 1491 allí mismo, Colón, los franciscanos, los Pinzones de Palos y el médico García Hernández, de las cuales resultó que aquél consintió en quedarse y en solicitar de nuevo el amparo de los Reyes Católicos, mediante la gestión personal de Fr. Juan Pérez, que escribió á la Reina, llevándola la carta y volviendo con satisfactoria respuesta el piloto de Lepe, Sebastián Rodrí-

guez, yendo el mismo Fr. Juan á ver á la Reina, con el apoyo de la Marquesa de Moya y consiguiendo para Colón veintemil maravedises que el médico García Hernández recibió y le entregó, para que se presentase adecentado en la Corte, en cuyas gestiones se pasó el año de 1491, llegando Colón á Granada precisamente en los días en que la ciudad de Boabdil se entregaba al ejército cristiano. Aun tuvo que sufrir mucho el pretendiente, aun volvió á decidirse á marchar á Francia y partió con este fin de Granada, pero las súplicas de sus amigos Luis de Santángel, de Alonso de Quintanilla y de la Marquesa de Moya, decidieron á Isabel la Católica á que Colón realizara su viaje, ofreciendo ella entonces sus joyas, si era preciso, para levantar los fondos necesarios. Hicieron volver á Colón de su camino, comunicáronle la fausta nueva y quedó asegurado desde aquel día el descubrimiento del Nuevo Mundo. Volvió triunfante Colón á La Rábida en ésta su tercera visita y se dispuso la partida en la patria de los Pinzones. Sacó á su hijo Diego del hospitalario asilo, y antes de salir para el Océano lo dejó en Moguer al cargo de dos amigos.

El talismán poderoso de la fe que Fr. Juan Pérez supo infundirle siempre, le mantuvo firme durante tantos años de amargas contradicciones y desengaños; pero fuerza es confesar que otra mágica atracción le retenía unido al suelo de esta tierra española: el amor. Durante su primera estancia en Córdoba había conocido Colón á una dama llamada D.ª Beatriz Enríquez de Arana, la cual supo infundirle honda pasión y de la que tuvo un hijo que se llamó Fernando. Siempre vivió unido á la familia cordobesa, y de ella llevó en su primer viaje al escribano Diego de Arana, primo de D.ª Beatriz, que murió mandando el fuerte de Navidad, en la isla Española, mientras Colón volvía á España; y en su tercer viaje (1498) le acompañó Pedro de Arana, hermano de dicha señora. El insigne genovés encontraba en Córdoba el consuelo de sus desventuras y en el amoroso hogar de D.ª Beatriz, al lado de su hijo, pudo esperar siempre á mejores tiempos, ganando su sustento, ya dibujando mapas y rutas de navegación, ya con la pensión que los Reyes le pasaron, ya sirviendo en el ejército cristiano como animoso soldado. Tuvo siempre encendida su fe con los consejos de Fr. Juan Pérez;

sostuvo su esperanza confiado en las nobilísimas prendas de la reina Isabel y mantúvole en España el amor de la dama cordobesa. Con estos tres clavos, fe, esperanza y amor, que á todos los hombres nos rinden y sujetan, quedó Colón sujeto á la patria española, contra todas las iras que en su pecho levantaran los fiascos y desengaños de sus pretensiones, contra los halagüeños ofrecimientos de los Reyes de Portugal, Francia é Inglaterra, y contra las penalidades de una existencia rayana en la pobreza y mancillada por las insolencias del vulgo que le creía enfermo de locura. ¡Bien haya el amor, puerto de refugio de los pechos más combatidos por las tormentas de la vida, que cuando es fiel y verdadero, conviértese en áncora de salvación, en bálsamo maravilloso y en reparador descanso, que nos salva del peligro, cicatriza nuestras heridas, repone las fuerzas y presta al espíritu nuevos y mayores alientos para dar cima á las más arriesgadas empresas! Al lado de Fr. Juan Pérez y de Isabel la Católica bien pueden la fama y la patria reconocida poner el recuerdo de D.ª Beatriz Enríquez de Arana, sin cuya amorosa atracción tal vez portugueses ó franceses, ó ingleses, se envanecieran hoy de haber dado sus naves á Colón para llegar al otro lado del Atlántico.

Partió Colón del puerto de Palos en aquella mañana y en aquella ocasión, tan magistral y admirablemente descritas en esta cátedra no hace muchos días por nuestro querido compañero el sabio escritor marino D. Cesáreo Fernández Duro, partió, y desde entonces La Rábida no suena en ninguno de los sucesos que se refieren á la vida del Almirante. Los franciscanos de La Rábida, desde las playas del río Tinto unos, y desde el promontorio de la Virgen de los Milagros otros, vieron salir aquella paloma mensajera que el Viejo Mundo enviaba al Nuevo, y pudieron, glosando el nombre de *Colombo*, decir entusiasmados, lo que algunos siglos después dijo un elegante poeta compatriota suyo:

«¡Quel *Colombo* son'io
Stupor d'ogni altro ingegno,
Che con ali di lino, è piè di legno
Volando à nuovo Ciel, col volo mio
De lo Spirto di Dio,
Doue volata ancor non era mai
La *Colomba* guidai!»

Olvidado y sin historia póstuma quedó el convento de La Rábida desde el siglo XVI. Nada hay que contar de él durante los dos siguientes, y si algún viajero curioso lo visitó, no sé que dejara consignadas sus impresiones en parte alguna, hasta que en 1828 lo hizo el ilustre Washington Irving, el autor de la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, y de los *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, que se dedicó á escribir estos trabajos, alentado por el ejemplo y con la ayuda de nuestro sabio compatriota D. Martín Fernández Navarrete, el venerable *palaciano* de Abalos. Emprendió la que él llamó «peregrinación americana», pasando de Madrid á Sevilla y desde allí á Moguer, á Palos y á la Rábida. Visitó en Moguer á un descendiente de Pinzón llamado Juan Fernández Pinzón, á su hermano Luis y á su hijo Rafael; aquel le acompañó á Palos «desde donde se ven elevarse las blancas paredes del convento de la Rábida, en medio de un espeso bosque de pinos.» Subió con él al monasterio, y he aquí parte de la descripción que hizo de él: «Hallábase completamente abierta la puerta y nos facilitó la entrada á un patio interior, desde donde pasamos, por debajo de un arco gótico, á la capilla, sin encontrar alma viviente; después atravesamos dos claustros interiores igualmente vacíos y silenciosos: miramos por una ventana y vimos lo que había sido jardín, pero que ya no era más que ruinas; las paredes se habían caído y no quedaban más signos de cultivo que algunos arbustos y dos malas higueras. Pasamos al través de largos corredores, pero las celdas estaban cerradas y vacías. Por fin, después de haber recorrido casi todo el desamparado local, sin oir más que el eco de nuestras pisadas, llegamos á la puerta de

una celda, que estando medio entornada, nos dejó ver dentro un monje, sentado delante de una mesa escribiendo. Se levantó y nos recibió con la mayor cordialidad, conduciéndonos enseguida á ver al Superior, que se entretenía leyendo en una celda inmediata; ambos eran bastante jóvenes, y ellos, un novicio y un lego formaban la comunidad.» El convento estaba, pues, en ese abandono, y la huerta destrozada, y las paredes caídas en 1828, siete años antes de la expulsión de los frailes y de que la Rábida quedara totalmente desierta.

Para conservar el edificio ideó el Gobierno, en 1846, destinarlo á Casa de Refugio de veteranos inutilizados en el servicio de la marina española, en cuyo pensamiento se insistió durante tres ó cuatro años, sin llegar á realizarlo. En tanto, el histórico edificio se salvó como por milagro de las manos de los compradores de bienes nacionales, y eso que no pudo tasarse más barato, puesto que se fijó su valor en 4.950 reales. En aquella época, 1849, visitó el monasterio el entonces joven escritor y arqueólogo, y después sabio profesor, D. José Amador de los Ríos, que publicó sus impresiones en el *Semanario Pintoresco Español*, núm. 33 de dicho año. En 1851 corrió el edificio inminente riesgo de desaparecer, porque habiendo propuesto al Ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas el Gobernador de Huelva, que se enajenasen los restos que quedaban del convento, accedió el Ministro á que se derribaran las paredes absolutamente inservibles, y á que se vendieran sus materiales, respetando la iglesia «que se hallaba, por fortuna, en bastante buen estado, y todas las demás partes que pudieran conservarse». El Gobernador que sucedió al anterior y que recibió la orden del derribo parcial se alzó al Ministro con fuertes razonamientos en pro de la conservación, y el santuario se salvó. Los Duques de Montpensier lo visitaron en 1854, y por su iniciativa y con su cooperación se trató de restaurar, como en efecto se hizo en 1855, realizándose una especie de repaso, afirmamiento y blanqueo, que no pudo llamarse restauración, pero que sirvió para que la ruina detuviese sus estragos. Al año siguiente fué declarado monumento nacional. En 1862 lo visitó el escritor francés M. Delavigne, quien hace ligera mención de él en su libro itinerario de un viaje por Es-

paña, afirmando, después de contemplar el abandono del convento, que «L' Espagne ne releve pas ce qui tombe», conducta que ha seguido también la Francia hasta hace treinta años. En 1868 se edificaron las habitaciones altas, sobre la entrada, y en 1875 se compraron la huerta y tierras inmediatas.

No podía la Orden de Menores de San Francisco, tan gloriosamente interesada en cuanto á La Rábida se refiere, dejar de ocuparse de la importancia de este monumento, hoy en que han vuelto á resucitar cuantas memorias tocan á la vida y hechos del gran Almirante, y á uno de los más distinguidos hijos de la familia franciscana española se debe la publicación de una curiosísima obra titulada *Colón y La Rábida*, escrita con un cariño á aquella casa digno de los que la habitaron y enaltecieron tanto. El muy reverendo P. Fr. José Coll, definidor general de la Orden, autor de numerosas obras y persona tan entendida como modesta, ha recogido en ese libro cuantas noticias y datos pueden ilustrar la historia del convento, después de haberlo visitado varias veces, resultando ser su meritorio trabajo un verdadero álbum de curiosidades, relativas al mismo y á la cooperación que sus hermanos en religión prestaron, no sólo al descubridor de América, sino á los conquistadores, en los primeros tiempos de nuestro establecimiento en aquel mundo. Además de estos estudios, el P. Coll ha publicado otros titulados *El huerto de La Rábida* y *La palmera solitaria*, referentes al mismo asunto en la *Revista* de los Padres Franciscanos, en *La Controversia* y en otros periódicos.

Al aproximarse el cuarto Centenario del descubrimiento de la América, la nación puso sus ojos en La Rábida, único testigo positivo que queda en pie de la presencia y hechos de Cristóbal Colón. Era preciso volver á aquel monumento, atendiendo á su perpetua conservación, restaurándolo y dándole para en adelante calor de vida. La restauración se encomendó, con muy buen acuerdo, al reputado arquitecto y muy entendido profesor de la Escuela de Arquitectura, D. Ricardo Velázquez, que á juzgar por sus inspirados y concienzudos proyectos, ha de hacerla á maravilla. Parece que la construcción quedará en totalidad arreglada al estilo del siglo XV, como debió estarlo poco antes de la llegada de Colón, y tal cual la

habían terminado los artistas mudéjares, conservando así el verdadero carácter que debe ostentar. Será preciso para ello, no sólo reponer mucho de lo que el tiempo ha destruído, sino demoler todo lo que el mal gusto y la ignorancia han añadido á las antiguas construcciones, que no es poco. Dícese que en los primeros trabajos de reconocimiento se han encontrado algunos frescos que adornaron los muros del claustro mudéjar y las paredes de algunas dependencias; y es de creer que al continuarlos se descubran y aparezcan otros curiosos detalles, que el talento práctico del Sr. Velázquez aprovechará para identificar más y más su tarea restauradora con la de los viejos alarifes que allí trabajaron. Nunca La Rábida, por su esencial y primitiva traza y disposición, podrá ofrecer el aspecto de un monumento artístico, ya que en resumen siempre fué una ermita con una modesta vivienda al lado, pero al adquirir de nuevo las formas, más ó menos semejantes, á las que tuvo hace cuatro siglos, hablará con más elocuencia y verdad, inspirará más y nos pondrá más en contacto con aquellos tiempos, que con el pobre y remendado conjunto que hoy ofrece. En sus alrededores la flora meridional, que tan bien se da en aquellos lugares, podrá añadir positivos encantos naturales al histórico monasterio. Proyéctase abrir hermosos jardines en la meseta; plantar el huerto que se extiende por la ladera, instalar un muelle de hierro al pie de la colina, para facilitar el acceso de los que vayan de Huelva á visitar el convento, que son los más; construir una hermosa carretera desde la explanada alta á Palos y á Moguer, y levantar, en fin, un gran monumento conmemorativo en honor del descubrimiento y del descubridor, que, asentado en aquella altura, se divise desde el Océano, desde el mar y desde la tierra á largas distancias. Muy arrogante y ajustado al nobilísimo objeto á que se destina resultará, á juzgar por el proyecto que ha trazado el Sr. Velázquez. Toda esta nueva parte decorativa constituye el tributo moderno que la nación añade al monumento viejo, para que la memoria de la visita de Colón y los trascendentales hechos que allí acaecieron, queden solemnizados con el respeto debido al vetusto y memorable edificio que los presenció y con las galas que nuestro siglo pone en torno suyo. Para dar calor de vida á La Rábida restaurada pro-